

Publicado en Mundoclasico.com

Un esfuerzo, que bien vale la pena

Madrid, 23.01.2006. Auditorio 500 del MNCARS. Mark van de Wiel, clarinete. London Sinfonietta. Pierre-André Valada, director. Harryson Birtwistle, *Silbury Air* (1977). Richard Barrett, *Stirrings* (2001). Elliot Carter, *Concierto para clarinete* (1996) y *Asko Concerto*. Jesús Rueda, *Concierto de Cámara nº 2 'Duratón Oaks'*. Ciclo de Música Contemporánea. Aforo: 100%

Juan Krakenberger

Esto será una crónica más bien informativa, de un acto muy bien organizado, y mejor ejecutado. En efecto, el librito con el programa trae un texto de 32 ½ páginas, redactado por Ramón del Castillo, con la ayuda de los responsables de la orquesta London Sinfonietta y colegas locales, quedando poco, sino nada, para agregar. Nos trae la historia de esta agrupación -y de la música contemporánea europea- desde el año 1968 hasta nuestros días, y un detallado análisis de las obras que se interpretaron en el concierto que comentamos.

La London Sinfonietta se presentó con 20 músicos (seis maderas, cuatro metales, quinteto de cuerdas, arpa, piano, y tres percussionistas). Las prestaciones de todos ellos, impecables. Se trata de consumados instrumentistas, muchos de los cuales ocupan posiciones de relieve en otras orquestas inglesas. Solo como un ejemplo: el viola Paul Silverthorne es cabeza de fila en la LSO (London Symphony Orchestra) donde se turna con otro colega lo que le permite tocar también en la presente formación. Toca sobre una enorme viola Amati, de 45 cm, cuyo sonido se oye claramente aún cuando se halla rodeado de otros instrumentos.

Una obra de Harryson Birtwistle -*Silbury Air*- de unos 15 minutos de duración, inició la velada. Escrita en 1977 para esta agrupación, trae tres episodios iguales, con pulsaciones como el latido del corazón, que inician sendas excursiones rítmicas diversas, para terminar con una coda a cargo del arpa, que nada tiene que ver con lo que acaba de oírse. Se lució Linda Houghton, la contrabajista, que tuvo varios solos a su cargo. Casi toda la parte elaborativa de la obra discurre en *forte*. En general, las obras de los compositores anglosajones -americanos incluidos- contienen muy pocos *mezzoforte*, variando entre *forte* y *fortísimo*, en contraste con las composiciones de compositores mediterráneos, que prefieren los matices más delicados. ¿Por qué será?

La próxima obra, de Richard Barrett, se llama *Stirrings*, y data de 2001. Son 6 episodios muy breves, algunos rápidos, otros más serenos.

Y para terminar la primera parte, el *Concierto para clarinete* de Elliot Carter. Son también seis episodios, pero de mayor duración, con pasajes de extraordinario virtuosismo, pero todo dentro del lenguaje bullicioso de Carter, un revolucionario si los hay. Data de 1996. El solista, Mark van de Wiel, puede con todo: tiene una técnica fuera de serie, y su sonido puede ser estridente, o dulce, según lo exige la obra. Sus *particelas* se hallan repartidas en 5 atriles, y se desplaza de uno al otro, durante la ejecución. Todo discurre en *forte*: me hubiera gustado algún episodio un poco más tranquilo. Apenas hubo asomo de eso. Pero, como digo, la ejecución del solista fue tan espectacular que uno

quedaba pendiente de lo que iba escuchando.

Después del intervalo, vino la obra de Jesús Rueda, *Concierto de Cámara nº 2 'Duratón Oaks'*. Fue la música que más me gustó. Claro está, ahí había influencia mediterránea, cierta dulzura con un lirismo nostálgico, o ritmos efervescentes, de los cuales los anglo-sajones parecen querer escapar. A pesar de mi origen anglo-sajón, serán pues los muchos años vividos en Francia, Italia y España, que me acercan más a esta música: no lo puedo evitar. El autor estuvo presente, y tuvo que saludar repetidas veces -en compañía del director Valade- para agradecer los efusivos aplausos que premiaron su obra.

Y para terminar, otra obra de Elliot Carter: el *Asko Concerto*. Durante su ejecución, varias parejas o tríos de instrumentos dispares -por ejemplo clarinete y contrabajo, u oboe, viola y trompa- tocan algunas cadencias solistas. El color de estos pequeños grupos determina el carácter de los seis episodios, o viceversa. El último episodio trae un solo de fagot, impecablemente tocado por John Orford. Los *tutti* son nuevamente, casi todo el tiempo, forte.

Bajo la experta dirección de Pierre-André Valade, que dominaba las partituras al dedillo, estos 20 músicos dieron una cabal demostración de profesionalidad, como lo estamos acostumbrados en formaciones orquestales británicas. No por nada, la London Sinfonietta ha adquirido su merecida fama. Escucharla es un privilegio, y difícilmente se explica la deserción de una parte del público antes de la segunda parte. Además, la acústica del Auditorio 500 es excelente -todo se oye con prístina claridad- y esto ayuda enormemente cuando de música contemporánea se trata. Los colores de los diferentes instrumentos salen con nitidez inmejorable. Hay que felicitar al Centro para la Difusión de la Música Contemporánea, del Ministerio de Cultura y del INAEM, por la organización de este ciclo. Un esfuerzo, que bien vale la pena.

01.02.2006